

## T.S. ELIOT Y LAS VUELTAS DE LA POESÍA

No suelen los anglicistas españoles entender la poesía, si no es como una parte —un tanto molesta, desde luego— de los programas de literatura. Consecuentemente, si se ven en el dilema de tener que escribir sobre ella, tienden a lo más a una elucidación temática de la misma o bien, alternativamente, a una descripción gramatical de aquellas estructuras que son, en realidad, patrimonio común de la lengua. Lo que no se les ocurre habitualmente es que la poesía es en esencia una cosa distinta, que sólo puede definirse por vía negativa como algo que *no es* “literatura”, ni tampoco un instrumento para ejemplificar categorías morfológicas o sintácticas. No se me entienda mal; ni por asomos estoy acogíendome a esa cursilería neorromántica que acumula grandes aparatos de palabrería para hablar de *lo inefable*, o a esa ingenuidad cazorra que desprecia la materialidad lingüística en nombre de la pureza sentimental. Todos sabemos que la poesía se hace con palabras, que la poesía es, como dijera Helmut Heissbüttel, *ein Zustand der Sprache*, un estado del lenguaje. Mas, ¿qué sentido tienen todos estos juegos? ¿Qué cosa es, o para qué sirve la poesía? Mucho me temo que son pocos los “modernos” que aún recuerden esa idea tan “antigua” de que la poesía es, amén de un elevado producto de la inteligencia, una disciplina cognoscitiva comparable a la filosofía, la historia o la física nuclear.

Por desgracia, los propios poetas españoles de este tiempo, esto es, aquellos contemporáneos nuestros que dicen practicar tal oficio, no son tan diferentes de nuestros profesores. Escriben y publican poesía, es verdad, y por regla general se fatigan el hígado y el cerebro tratando de silenciar lo que hacen otros mientras luchan por acaparar el reducido espacio que los *mass media* otorgan a la poesía. Pero es ostensible que tampoco les entusiasma, no ya teorizar en abstracto y en concreto sobre la poesía, sino el mero hecho de reflexionar sobre los fundamentos de ese arte que dicen cultivar. ¿Malos tiempos para la lírica, como rezaba la conocida frase de Brecht? Supongo que sí, y no precisamente en el sentido que apuntaba el gran poeta (amén de honesto marxista) alemán. El principal problema, me temo, reside en una suerte de doble *finlandización* de la poesía: de una parte, está su creciente ostracismo, la radical disminución de la importancia que le concede el mundo académico y cultural; de otra, la imparable banalización y trivialización a la que la someten quienes, sobre el papel, serían los mayores interesados en su dignificación global, ya sea estética o epistemológica.

Desde tan desolador panorama, uno no puede sino saludar alborozado la publicación de un libro como el que nos acaba de entregar Esteban Pujals Gesalí\*, un autor sobre el que pesa la doble maldición de ser anglista y poeta en España y que, con una obra como la presente, rinde un raro tributo de eficacia a esas dos parcelas de su actividad. Traducir y prologar, en este año de 1988 (aunque el libro lleve pie de imprenta del 87) los *Cuatro cuartetos* de Eliot no constituye un acto inocente, ni tampoco un gesto neutral. Cabezas preclaras de este siglo, como Jorge Luis Borges o el propio Eliot de los ensayos tempranos, han insistido una vez y otra en lo que se ha de entender por tradición, y sobre todo en esos mecanismos en virtud de los cuales el presente modifica de continuo nuestra percepción del pasado. No podía ser de otro modo. Por eso Esteban Pujals Gesalí, que une una clara inteligencia a esa falta de inocencia tan exigible en esta era finisecular, ha hecho exactamente lo que tenía que

hacer: releer a T.S. Eliot para sus contemporáneos, revisando así la modernidad desde una nueva óptica, y leerle la cartilla a la inefable posmodernidad que nos circunda.

La extensa introducción que precede a la presentación bilingüe del texto constituye un brillante ejercicio de lucidez, y sus virtudes no son solamente higiénicas y didácticas, por necesitados que estemos de las mismas. Dando por sentada la impecable factura de su erudición, hay que manifestar que hay algo mucho más importante, como es justamente su meditación sobre el ser y el no ser de la poesía en tanto que discurso que uno pueda tomar en serio. En tal sentido, su estudio previo puede y debe ser leído con provecho no sólo por anglistas, sino también por poetas, no sólo por preceptistas conservadores —que verán en los *Four Quartets* un evangelio insuperable—, sino también por representantes de tendencias más abiertas a la libre exploración. Ello no significa sino que la discusión en torno a la trayectoria de Eliot que plantea Pujals Gesali es ahora mismo extremadamente pertinente, puesto que viene a recordarnos en qué medida *The Waste Land* marca un *antes* y un *después*, erigiéndose en emblema de toda la problemática secular.

Dada esta generosa ambición, coronada además por un éxito innegable, no es de extrañar que algunas aseveraciones admitan aquí y allá matizaciones menores. Así, la afirmación de que “Eliot no tenía la confianza *moderna* de Pound en la forma”, y de que ello “es la única explicación” de las notas que acompañan *The Waste Land* es cuando menos parcial, pues ignora el hecho de que el poeta se vio presionado por su editor para que añadiese más páginas al poema, y ello por una razón básicamente comercial, como era la de sacarle mayor rentabilidad al papel completando en lo posible un pliego de 64 páginas. Así también, no habría estado fuera de lugar comentar la paradójica incidencia del autobiografismo en la poética fragmentadora de ese mismo poema, un factor que me parece fundamental y que —perdónese me la petulancia— abordé exhaustivamente en mi ensayo de 1983, “La irrupción de T.S. Eliot: viejo y nuevo lenguaje”.

Pero éstos no son exactamente reparos, sino muestras de lo estimulante que resulta la exposición crítica de Pujals Gesali, que invita continuamente a la glosa y la profundización, y a la que es imposible hacer justicia en el marco de una breve reseña. Algo semejante, por supuesto, sucede con la segunda vertiente del trabajo, con la traducción castellana del poema inglés. Pujals Gesali ha leído con perspicacia a sus predecesores (antes que él, tradujeron los *Four Quartets* Vicente Gaos, José María Valverde y J.R. Wilcock), y si se ha embarcado en esta empresa sin duda ha sido porque le animaba la creencia de que podía hacerlo mejor. Una vez leída su versión, uno tiende a darle la razón. El mayor elogio que puedo hacer de esta traducción —y no es en modo alguno un elogio cicatero, sino todo lo contrario— es que *se puede leer*, que tiene música, sentido y credibilidad en castellano. Que la traducción de poesía es imposible ya lo dijeron autores muy diferentes de muy diversas maneras, de Robert Frost a Walter Benjamin. Acaso por darles la razón, y no queriendo ofrecer gato por liebre contentándose con una mera traducción filológica, Pujals Gesali ha escrito un poema paralelo, luchando por hallar equivalencias y desdeñando olímpicamente la traslación verso a verso. Que su versión sea más larga que el original me parece, como se le antoja al propio traductor en este caso, “un mal menor” y considero que efectivamente se consigue eso tan complicado y artificioso (*Juegos de artificio* es el título del segundo poemario de Esteban Pujals Gesali) de que el resultado final sea, para el lector español, algo análogo a lo que el texto de Eliot supone para el inglés.

Imagino que Pujals sabrá mejor que nadie que sus *Cuatro cuartetos* resultan por

momentos bastante insoportables para una sensibilidad contemporánea. El lector avisado tendrá, empero, que concluir que ése es un mérito adicional de la versión, así como una contingencia de la que ya estábamos suficientemente prevenidos desde el prólogo. Si se me permite finalizar con un apunte subjetivo, confesaré que he disfrutado mucho aburriéndome con este nuevo Eliot en idioma castellano. Esteban Pujals Gesalí nos ha convencido, ciertamente, del rumbo equivocado que, en buena parte, está siguiendo la poesía contemporánea por culpa de lo que este poema significa. Ello no hace sino augurar que seguiremos necesitándole como poeta, crítico y traductor, a ver si con su ayuda empezamos ya a resquebrajar la faz monolítica de la complacencia.

Bernd Dietz

\* T.S. Eliot, *Cuatro cuartetos*. Edición bilingüe de Esteban Pujals Gesalí. Madrid: Cátedra, 1987. 161 pp.